

Neoliberalismo: el individuo, lo común y la política

María Luz Ruffini¹

Quien dice orden dice distribución de rangos. La puesta en rangos supone explicación, ficción distribuidora y justificadora de una desigualdad que no tiene otra razón que su ser.

Jacques Rancière

Pocas cosas más propias del multiforme entramado que damos en llamar neoliberalismo que el hacer creer, a todos los que construimos nuestra subjetividad en función de su influjo, que somos individuos únicos, radicalmente solos, arrojados a este mundo para probar nuestras propias fuerzas y, en el camino, demostrar la propia valía.

La dicotomía individuo-sociedad, larga y consistentemente socavada por el pensamiento y la investigación social, aun goza de buena salud en el sentido común neoliberal. Y ello, a pesar de los innumerables abordajes que buscaron deconstruir esa falsa oposición, desnudando la inmanencia entre ambas dimensiones de lo real, buscando, en palabras de Foucault: “Decir la verdad para que ésta sea atacable. Descifrar un estrato de realidad de modo tal que de él surjan las líneas de fuerza y de fragilidad; los puntos de resistencia y los puntos de ataque posibles, los caminos trazados y los atajos [...] poner de relieve [...] una realidad de luchas posibles”.

En efecto, nada estaría más enraizado en el *ethos* neoliberal que la ignorancia de, como dice Butler, nuestra común vulnerabilidad frente al mundo y los demás, la misma que impide a fin de cuentas pensarnos viviendo una vida inmune al destino de los otros. Nada habría más propio de esta cosmovisión global que olvidar que, como dice Rancière, es la igualdad humana la que nos acerca, la que permite cuestionar el orden de lo existente, las injusticias y aun el horror de lo dado.

Sería la *igualdad*, entonces, como noción legitimadora de las reivindicaciones de personas o grupos, el rasgo más apreciable de las teorías modernas de la democracia, luego de la demoleadora crítica marxista a la “vida celeste” que graciosamente el derecho del Estado moderno pensó para sus ciudadanos, formalmente iguales y entramados al mismo tiempo en relaciones de dominación social y simbólica. Quizás la idea de igualdad, liberada de su concepción liberal y afirmada desde otros paradigmas hoy se vuelve –aún más– una clave ineludible para la construcción de lazos de solidaridad, de empatía, de afecto y de lucha.

Y es que todo ocurre como si el olvido de lo colectivo, el desconocimiento

¹ Becaria CONICET. Programa de Estudios en Teoría Política, CIECS, FCS-UNC y CONICET.

del origen histórico y social de nuestro ser individual se hubiese vuelto un elemento capital para el neoliberalismo como modo de vivir, de ser-en-el-mundo (en sentido heideggeriano), siendo piedra angular de su perpetuación. Extrañarnos de todo lo colectivo, poner distancias, suprimir puentes y subsumir bajo la apariencia de lógicas incontrolables y distantes aquellas cuestiones que conciernen a todos resulta, siempre, una herramienta de lo más eficaz para el sostenimiento de la dominación.

Como cuando en innumerables ocasiones se oye a funcionarios estatales responder ante la demanda ciudadana por recursos públicos: “no hay plata, no hay elementos, no se puede”. Como si no pudiera discutirse para qué hay recursos y para qué no, de dónde se obtienen y con qué finalidad. Como si esos puntos no fuesen resultado hegemónico de un complejísimo entramado de relaciones de fuerza.

Pero esa extrañeza está instalada, nutrida y fortalecida por el escape de lo común que apuntala la espesa corriente de lo que existe, el devenir que asume lo ineluctable de lo dado.

No obstante, persistentes y capilares –igual que la dominación, siendo su contrapunto permanente como dice Foucault– siguen apareciendo en los momentos y lugares más inesperados los espacios-para-la-política. Cuando se oye el primer: “nosotros tenemos derechos, también somos ciudadanos (o personas, o vecinos, o argentinos o cualquiera sea el sujeto colectivo capaz de enhebrar nuestras individualidades bajo algún principio identitario que nos hermane...)”, ocurre lo político.

Y es que con esas pocas palabras se quiebra el consenso implícito, la naturalización de lo dado, el sofoco del sentido común. Y aparece, a veces espectacularmente y a veces con timidez, un espacio de oposición, de resistencia al mundo como se supone que debe ser, para pensar y construir otro(s) mundo(s) posible(s).

¿Y para qué, más que para ayudar a comprender y acompañar el avance, la profundización de esos caminos, a veces apenas esbozados, estamos los investigadores, pensadores, escritores, trabajadores de la cultura?

¿Cómo no va a ser una tarea de primerísimo orden en estos tiempos sombríos el recuperar las historias de los luchadores, los que, en ciertas condiciones, pueden no decir “qué le vamos a hacer” o “yo no me quejo, soy de la villa” ayudando a con-mover el orden de lo sensible?

¿Cómo no ocuparnos –benjaminianamente quizás– de los de abajo, los perdedores, los oprimidos, los que la historia puso en un lugar subordinado, pero que aun así tensionan, mueven, piensan lo común y la igualdad –aunque no lo vean de ese modo, aunque esta forma de leer su trabajo y sus vidas les sea aun del todo extraña, aunque falte mucho camino por recorrer para

que nuestro investigar y pensar contribuyan a fortalecer esta forma de ver y de vivir el mundo?

¿Cómo no dedicarnos, en suma, desde nuestros lugares de reflexión y trabajo particulares, a pensar con los que apuestan por un mundo históricamente construido en una maraña de relaciones de poder injustas, desiguales y destructivas, esas que pueden y deben ser subvertidas para permitir una vida digna para todos en base a la igualdad radical que anida en nuestro ser-humanos?